

# La isla prohibida. Miradas norteamericanas sobre Cuba

Alfredo Prieto González

*Ensayista y editor. Revista Temas.*

Cuba está de moda en los Estados Unidos. Los norteamericanos, que desde la Ley Seca conocen las maneras de lidiar con las frutas prohibidas, se sienten casi invariablemente atraídos por una cultura de la que sin embargo perciben, como en la caverna platónica, muchas veces solo las sombras —y no los guerreros. Sobre la calidad de esa atracción inciden tanto representaciones históricas, asombrosamente sostenidas en el tiempo, como la barrera idiomática y el discurso de la política oficial que, a contrapelo de amplios sectores de opinión y encuestas, se pronuncia por no tener una relación normal con ese vecino cercano y sin embargo distante, y les recuerda a los ciudadanos la prohibición legal de viajar a la Isla por puro placer, debido al *Trading with the Enemy Act* —una legislación que, sintomáticamente, data de la época de la Revolución de Octubre.

Una serie de sucesos ha contribuido a eso que, en efecto, algunos ya llaman «la moda cubana». «Cuba está de moda, así como todo lo cubano» —constata con toda propiedad el historiador Louis A. Pérez, Jr. en un prólogo.<sup>1</sup> El caso de Elián González determinó la preeminencia de Cuba en los espacios públicos, en las

conversaciones cotidianas, los centros laborales y las cocinas de las casas; un asunto complejo donde no solo estaba en juego el destino de un niño secuestrado y reclamado por su padre, sino también el problema de los valores familiares y el derecho a la custodia, de gran importancia para la sociedad norteamericana. Luego del paso del huracán Michelle, se produjo un cierto cambio de tono en las relaciones bilaterales, que redundó en un suceso puntual, pero inédito desde la promulgación del bloqueo en 1962 y que no significa el desmantelamiento del esquema vigente: la venta de alimentos, medicinas y productos agrícolas, lo cual otorgó a Cuba, de nuevo, planos estelares en los medios de difusión, con el subsiguiente debate acerca de la racionalidad o no del esquema aplicado en la política hacia la Isla. Más tarde, el traslado de prisioneros afganos y de otras nacionalidades a la base naval de Guantánamo, así como las líneas de comunicación mantenidas al respecto entre ambos adversarios históricos, ubicaron a la Isla en una inusual visibilidad pública, quizás como no la había tenido desde la época de Etiopía y Angola. La visita del ex presidente James Carter, en mayo de 2002, tuvo entre otros el efecto de

reciclar las percepciones públicas sobre la Isla en los medios masivos de difusión, y, sobre todo, en la TV norteamericana. Desde este ángulo, lo distintivo fue la emergencia pública del debate existente entre sectores de la clase política acerca de cómo lidiar con el enemigo —es decir, la mejor manera de deshacerse del sistema político vigente en Cuba. «Palomas» y «halcones», según lo usual, diferían en los métodos, pero coincidían en los fines: Fidel Castro llevaba ya demasiado tiempo en el poder y la política norteamericana había fallado en deshacerse de él, algo que debía ser corregido al cabo de más de cuarenta años. La imagen de Cuba como *bête noire* reemergió, esta vez con la afirmación de que estaría en capacidad de producir armamento bioterrorista, una acusación lanzada por el subsecretario de Estado John Bolton en la Heritage Foundation, un *think tank* conservador que en su momento operó como una de las apoyaturas ideopolíticas del reaganismo. Resultaba evidente que el sector duro estaba obturando sus mecanismos de opinión pública en aras de mantener la postura tradicional apelando al sensible tema del terrorismo después del 11 de septiembre.

En ese contexto, en el que se enfrentan de nuevo la inercia y la renovación —esta última no necesariamente caracterizada por la buena voluntad—, se ha estado produciendo una verdadera avalancha de viajeros norteamericanos que llegan a tocar, con sus propias manos, y con objetivos y propósitos disímiles, la realidad nacional. Hombres de negocio, congresistas, directores de cine, actores, académicos, estudiantes, escritores, músicos, activistas, cubano-americanos o simples turistas que ingresan por terceros países violando la ley. Para unos, Cuba constituye una incómoda reliquia de la Guerra fría, una «isla jurásica» que —sin que a veces se sepa o se pueda explicar muy bien cómo, ni por qué— ha sobrevivido a la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, cuando en rigor lo esperable era el «efecto dominó», según pronósticos y un Premio Pulitzer sobre la hora final. Para otros, el sistema político vigente en la Isla-nación no debiera ser un impedimento para la normalización de relaciones, toda vez que los casos de China y Viet Nam denotan evidentes incongruencias en la conceptualización y puesta en práctica de la política exterior de los Estados Unidos —una idea ampliamente validada por la gran prensa liberal en editoriales y artículos. El problema, argumentan, es que Cuba no es una prioridad en esa área, lo cual se articula con el factor psicológico, el hecho de que la sola mención del nombre de Fidel Castro tenga en los formuladores de política el mismo efecto que la luna llena sobre el hombre lobo.<sup>2</sup>

Pero para otra categoría, acaso mayoritaria y sin nexos con la academia ni con los intelectuales, y que clasificaría más bien como la de los norteamericanos

de a pie, si esto existe, Cuba es algo que se relaciona con el Caribe y, por consiguiente, implica sol, palmeras, apacibles cocoteros, playas paradisíacas. Es también la isla de un líder que luchó contra la dictadura de Batista, derrotó a los exiliados en Bahía de Cochinos, se asoció con los soviéticos y aparece casi siempre en las caricaturas de los periódicos fumando enormes tabacos —a pesar de que hace años dejó de hacerlo, como sabe cualquier hijo de vecino en las calles cubanas. Estos y similares estereotipos resultan reforzados por *leitmotivs* como la tierra del mejor tabaco del mundo, según la revista *Cigar Aficionado*, que concede altas puntuaciones a esa «aromática hoja», si bien con la advertencia de que las marcas vueltabajeras no están disponibles *oficialmente* en el mercado norteamericano. El ron Havana Club —evocado con placer conspirativo por el personaje de Gene Hackman en una escena de la película *The Firm*—, las mujeres color canela, los *afrourbanos*, el Duque Hernández en las Grandes Ligas y, sobre todo, una «música tropical» que se cuele por los complicados vericuetos de las prohibiciones y lo está invadiendo todo, completan el cuadro, como se comprueba ante el hecho de que una enorme foto de Compay Segundo apareciera a la entrada de HMV, una exclusiva tienda de CD muy visitada por la élite intelectual y empresarial del área Boston-Cambridge, cerca de Harvard Square. La Isla, qué duda cabe, es puro ritmo. Intocada por la globalización y la cultura del consumo. Sitio apropiado para descargar la nostalgia y la inocencia perdida. *Cuba Is Way Too Cool* —dice un texto de la cantante Bonnie Raitt después de haber participado en el proyecto *Music Bridges*, que hace unos años unió en La Habana a músicos de ambas orillas para componer y cantar, más allá del diferendo.

Este ensayo presenta y discute la imagen de Cuba, los cubanos y su cultura en la literatura de viajes norteamericana más reciente, así como en algunas revistas y tiras cómicas de la llamada cultura de masas. Intento develar, y en lo posible deconstruir, las mediaciones que intervienen en la percepción de «la otredad», los estereotipos actuantes y explicarlos considerando la existencia de factores como el etnocentrismo, la «latinidad», las diferencias axiológicas, de lengua y, en última instancia, de culturas distintas.

## La literatura de viajes y testimonial

En el lapso comprendido entre la desintegración de la URSS y las medidas anunciadas por el presidente Bill Clinton en enero de 1999,<sup>3</sup> y hasta hoy mismo, se ha venido produciendo una especie de *boom* de la literatura de viaje y testimonial de norteamericanos que vienen a Cuba. El restablecimiento de vuelos directos

originados en Miami, y ampliados después a Nueva York y San Francisco para trasladar hacia la Isla viajeros con la correspondiente licencia, y cubano-americanos en visitas familiares —uno de los aspectos contenidos en la orden ejecutiva— ha redundado, en efecto, en un aumento sustancial de visitantes, que por otro lado no siempre se atienen a la ley para dar el salto.<sup>4</sup>

La literatura de viajes constituye uno de los lugares preferenciales para captar las percepciones de los norteamericanos sobre la Isla y su cultura, desde el ángulo de la sociedad civil. Este *corpus* conforma un espectro bastante amplio de emisores: periodistas, fotógrafos, hijos de exiliados, turistas ordinarios y, últimamente, hasta un ama de casa que mantiene su anonimato mediante su correspondiente pseudónimo. Lo caracteriza el escaso conocimiento de la realidad cubana, sus procesos y más íntimos resortes, así como la voluntad de testimoniar los cambios y los nuevos actores sociales —cuentapropistas, trabajadores del turismo, ejecutivos de firmas extranjeras, etc.— y, sobre todo, las decepciones y rupturas que inevitablemente arrastran las crisis. No es, pues, una literatura de reconocimiento *stricto sensu*, ni mucho menos de afirmación. Estos textos están sobredeterminados, primero, por las expectativas de derrumbe del sistema cubano como consecuencia del «efecto dominó» —una idea muy fuerte durante los años 1992-1995—, y después, por las peculiaridades de la vida en la Isla. Se trata de un conjunto diverso y de calidades desiguales:<sup>5</sup> abarca desde contribuciones apreciables —en rigor, no muy abundantes—, hasta otras de cuestionable o escaso valor que, lejos de contribuir a un real acercamiento entre las dos culturas, se mueven en una zona comprendida entre el panfleto, los estereotipos y la difusión de los lugares comunes que pueden advertirse, rutinariamente, en el periodismo que se ejerce sobre Cuba en los Estados Unidos.<sup>6</sup>

La primera de estas dos vertientes tiene un verdadero paradigma en *Trading with the Enemy. A Yankee Travels to Castro's Cuba* (1992), del escritor Tom Miller, un testimonio pionero que persigue dar una visión de algún modo alternativa al transmitir las preocupaciones, motivaciones, angustias y ocurrencias del cubano de a pie —en una palabra, nuestra psicología social—, así como la pluralidad de caracteres y personajes de la realidad contemporánea cubana.<sup>7</sup> Miller optó por apartarse de los lugares comunes —es decir, del agorerismo político en boga, y de la «agenda dura»— para tratar de paliar, de algún modo, el desconocimiento de la cultura cubana en los Estados Unidos: «los norteamericanos —concluía entonces— saben algo sobre Cuba, pero nada sobre los cubanos».<sup>8</sup> Este acercamiento será continuado después en obras como *Conversations with Cuba* (1999), de Peter C. Ripley, un

intento por develar los mecanismos de ajuste de los cubanos ordinarios a la crisis de los 90.

La segunda vertiente se encarna, típicamente, en *Ay Cuba! A Socioerotic Journey* (1999), del rumano-norteamericano Andrei Codrescu, y en *Real Life in Castro's Cuba* (2000), de Catherine Moses. Ambos clasifican, a mi juicio, entre los textos más politizados e ideológicos, hecho que les impide, por lo regular, entender la compleja urdimbre de la realidad nacional, vista casi siempre a partir de lentes, supuestos y preconcepciones que, una vez en la Isla, vienen a comprobar. Un tercero se añade: *My Moto Fidel. Motorcycling through Castro's Cuba* (2001), de Christopher Baker, con la peculiaridad de estar transido por la cultura del desencanto característica de ciertas izquierdas.

Integran una tercera y última vertiente varias colecciones de fotografías y textos, entre las que sobresale *Cuba* (1999), de David Alan Harvey y Elizabeth Newhouse. El libro constituye un corrolato ampliado del reportaje que la revista *National Geographic* dedicó a la Isla en 1999, en el cual el lente de Harvey quiso dar fe, de una manera muy profesional, de la realidad cubana actual y su diversidad intrínseca, sobre todo al reflejar nuestra multirracialidad —algo que no se encuentra muy a menudo en las imágenes que sobre Cuba circulan en los Estados Unidos. Su visión, sin embargo, puede ser discutida en varios sentidos: las imágenes urbanas no trascienden el cuño de la-ciudad-en-ruinas-detenido-en-el-tiempo, atiborrada de automóviles norteamericanos viejos; y el campo cubano, presentado casi exclusivamente en términos de bohíos y guajiros empobrecidos, no parece haber experimentado transformaciones después de 1959.

Esta literatura guarda una sorprendente continuidad con la de los siglos XIX y XX publicada en los Estados Unidos, al menos en el sentido de generar una imagen sobre Cuba y los cubanos que muchas veces dice más acerca del visitante que del referente. Según ha advertido Luisa Campuzano, estos textos han entregado y entregan

una visión distinta-distante, que no poco ha contribuido a la construcción de ciertos modelos de la identidad nacional, creando estereotipos y proponiendo perspectivas y miradas que solo podrá desmontar esa rigurosa historia social y cultural que entre nosotros está por escribirse.<sup>9</sup>

Una diferencia, sin embargo, percibo como esencial respecto al XIX: si en este la perspectiva sobre Cuba y los cubanos se movía entre el paternalismo, la redención por la vía del modelo civilizatorio norteamericano, o simplemente el paraíso turístico tropical, ahora la recurrencia fundamental se dirige a denotar el fracaso multilateral de la Revolución cubana, considerada un modelo alternativo que una vez quiso cambiarlo todo para, al final, no cambiar nada. Esta es la base última del renovado interés en la «isla elusiva», aun en aquellos

La literatura de viajes constituye uno de los lugares preferenciales para captar las percepciones de los norteamericanos sobre la Isla y su cultura, desde el ángulo de la sociedad civil.

casos en que acciona el componente de la nostalgia, como demuestra el libro de Tony Mendoza *Cuba: Going Back* (1999).

Existe en dicho *corpus* un conjunto de características comunes que vale la pena intentar resumir:

1. *Cuba en crisis*. El análisis de las condicionantes de la crisis cubana es usualmente puesto entre paréntesis. La vertiente políticamente más motivada suele ubicarlas en la ineficiencia del régimen político y en la falta de voluntad del liderazgo cubano para emprender reformas de largo alcance, lo que —según esta percepción— serían las claves para su reacomodo. Obviamente, esta visión tiene como sustrato la adopción de la ideología de mercado y de la democracia representativa como dos de las supuestas piedras de toque. Tal *corpus* literario, como el previo de su tipo, reafirma en definitiva, como ha escrito Nara Araujo, que «las ideologías subyacentes permean esta lectura del otro».<sup>10</sup>

2. *La vida cotidiana*. Tensión y *stress* son tal vez las dos palabras que mejor describen la vida cotidiana en Cuba. Aunque el ciudadano tiene acceso gratuito a los servicios sociales —en general afectados por la crisis en cuanto a infraestructura y suministros—, el gran problema es garantizar la reproducción simple de la vida, más allá de los productos de la llamada canasta básica. Como la vasta mayoría de la población económicamente activa trabaja para el Estado y, por consiguiente, cobra sus salarios en pesos, ello conduce al desarrollo de estrategias de sobrevivencia, resumidas en la filosofía de «resolver», una expresión de sentido ancho y dilatado: puede denotar robo de alimentos para su venta en el mercado negro —siempre a precios menores que los de las tiendas que venden en dólares— y, con ello, mejorar el ingreso; también puede implicar echar mano a una amistad para lograr un determinado fin, propósito, resolución de un problema material o de otra índole. «Escapar» es entonces el signo de los tiempos, atravesar el día de hoy de la misma manera en que el *manager* de un equipo de beisbol no se preocupa demasiado por ganar la Serie, sino el juego. Una peculiar filosofía existencial, estimulada por tiempos difíciles, que a muchos norteamericanos les cuesta trabajo entender y asimilar.

En general, este conjunto de textos persigue dar fe de esos y otros problemas implicados en la

reproducción simple de la vida en el Periodo especial, aunque a veces se acuda a testimonios y experiencias que pueden no ser representativos. Usualmente acciona una vara de medir manipuladora: el consumo y el nivel de vida en los Estados Unidos no pueden ser nunca un punto de partida para juzgar la realidad cubana debido a la evidente asimetría entre un país del Primer mundo y uno del Tercero, independientemente de las profundas carencias y las afectaciones traídas por la crisis a la vida cotidiana. Uno de los subtemas preferentes, por razones obvias, es la dolarización —en efecto, uno de los problemas más gruesos de la realidad nacional—, y sus impactos psicológicos y culturales sobre la población. Con esto no se descubre nada que los cubanos no sientan o padezcan, pero es evidente la perspectiva política que trasvasa a tales textos.

3. *El espacio*. Si la literatura de viajes ha sido, históricamente, «literatura de espacios»,<sup>11</sup> la estudiada suele preferir los espacios urbanos y, dentro de estos, la ciudad en ruinas, bien como texto literario o como imagen fotográfica. Ambos simbolizan, de alguna manera, el remanente de un pasado que se ilustra, típicamente, en edificios semiderruidos, callejuelas mal iluminadas, personas pobres y mal vestidas, vistas como metáforas de un sistema que cayó con el Muro de Berlín, pero que todavía pervive en una singular isla caribeña a solo 90 millas del territorio norteamericano. Aunque en esto no creó nada nuevo, el filme *Buena Vista Social Club*, de Win Wenders, contribuyó a socializar una imagen de ruina, disidia y decadencia, atravesada por deambulantes grotescos —uno de anillos en la cara, otro manipulando tanques de 55 galones. Hay una polarización del paisaje. Lo rural apenas aparece ponderado, y cuando lo hace, suele ser en términos tradicionales; es decir, un paisaje sin transformaciones esenciales, integrado, básicamente, por bohíos, guajiros de antaño y niños descalzos, toda una semiótica que denota una ideología subyacente y, en resumen, un posicionamiento.

4. *Livin' la Vida Loca*. Otro de sus pivotes es el fenómeno conocido como jineterismo. Explícitamente en unos casos, de manera implícita en otros, este componente real de la sociedad cubana actual es utilizado para ilustrar la tesis principal antes descrita; en específico, el fracaso de un proyecto que se propuso eliminar —y eliminó— en los tempranos 60 el flagelo

de la prostitución, pero que, al cabo, su re-emergencia termina por denotar su agotamiento y, en último análisis, la crisis de los valores sobre los que este se asentaba. Como anota una estudiosa,

las jineteras han llegado a convertirse en «símbolo supremo» y argumento irrefutable de la decadencia de la sociedad cubana, que injustamente encarna por extensión —la parte por el todo— en quienes soportan con mayor sacrificio la mayor carga en este especialísimo proceso de crisis: las mujeres.<sup>12</sup>

En este orden, puede advertirse la presencia de cuando menos dos enfoques: el compasivo y el cínico.

El compasivo retrata a la jinetera como una víctima cuya necesidad de prostituirse ha sido determinada por la carencia de bienes de consumo básicos, sobre todo alimentarios. Una vieja hipótesis que sin embargo elude explicar por qué la mayoría de las mujeres cubanas no han acudido al oficio más antiguo del mundo para garantizar su (sobre)vida, como tampoco lo explica la tesis de que se dedican a tales menesteres por productos suntuarios o ansias de consumo. El fenómeno, complejo en sí mismo, tiene condicionamientos múltiples, pero se omite uno que no está entre los menos relevantes: la prostitución como opción de vida, parte de una cultura que estuvo latente durante cierto período —ese de la «titimania»— o que, en todo caso, cambió de expresión durante la época de la institucionalización y la cornucopia de los mercaditos nutridos por el CAME. *Real Life in Castro's Cuba* es enfático y hasta «dostoievskiano» en su sorprendente simplismo de *magister dixit*, que convierte a las cubanas en herederas de la Sonia de *Crimen y castigo*.

El cínico la disfruta y exhibe como otro producto tropical, sin inquirir demasiado en las razones. Hay un evidente regodeo en el universo de jovencitas prostituidas o en vías de serlo, las que a veces quedan «redimidas» ante sus ojos por la excepcional calidad de sus servicios y por su capacidad de cariño, vista como un rasgo característico de la «etnicidad latina». Se trata, obviamente, de una narrativa masculina, fálica, que suele regodearse en experiencias personales de los autores en noches de cabarets, hoteles y playas, como se advierte en el librito de Codrescu, incluso hasta en el título: su viaje es socio-erótico, aunque al cabo bastante más lo segundo que lo primero. Habría que acotar, no sé si a su favor, la poderosa atracción que sobre el imaginario turístico ejercen las mulatas cubanas, lo cual remite, en definitiva, a un constructo histórico de la propia cultura nacional que las identifica como el símbolo sexual por excelencia, según lo ha estudiado Vera Kuzintsky.<sup>13</sup> Qué proporción exacta de las jineteras pertenece a esta categoría racial no es un dato disponible, pero ello no parece ser, en este caso, especialmente importante: es lo que muchos visitantes vienen buscando

de antemano para luego reflejar como «lo típico», a menudo mediante una perspectiva que evoca a *La piel*, de Kurzio Malaparte, o a cierta zona de la narrativa de Henry Miller. El equivalente masculino de la jinetera, por lo regular no ha sido reflejado con la misma intensidad, y solo ahora se comienza a visualizar con una óptica más bien sociológica, en espera tal vez de su conversión en literatura de viaje homoerótica.<sup>14</sup>

Sectores de la academia han venido resaltando también la preferencia del turismo sexual por mujeres (y hombres) de pigmentación negra, y han llegado incluso a sostener la diferenciación de Cuba en este sentido sobre otros destinos turísticos de la región —lo cual parece un exceso.<sup>15</sup> Sea como fuere, resulta evidente que para los extranjeros, y sobre todo para los europeos, la mujer negra se asocia con el erotismo, la calentura, el sexo «salvaje y primitivo» de África —una fantasía sexual racializada y en última instancia colonialista. Del lado de la realidad, si la mayoría de quienes ejercen la prostitución son negras o mulatas, como parece ser el caso, el fenómeno no está asociado, según se ha sugerido, a que la población cubana sea hoy, mayoritariamente, negra, sino a la migración del interior a la zonas urbanas, que mueve —bajo el imán de los dólares— a mujeres de las zonas más pobres y atrasadas del país —las provincias Granma y Guantánamo, por ejemplo, donde la población mestiza o negra es significativa— hacia polos turísticos como Varadero, Santa Lucía, Guardalavaca o La Habana.

En *My Moto...*, de Christopher Baker, un motociclista proveniente de la nueva izquierda, desencantado desde luego porque la realidad tomó por otros derroteros, en su viaje por toda la Isla se convierte en azote femenino, incursiona en Tropicana, con Graham Greene en la memoria, a quien evoca: en los años 50 el sexo era, decía el inglés de *Our Man in Havana*, «el gran tema de La Habana. El intercambio sexual era no solo el jefe del comercio en la ciudad, sino también toda la *raison de être* de la vida de un hombre. Uno vendía sexo o lo compraba». Baker tiene tiempo para obvios estereotipos, atravesados además por un fuerte sentido del *kitsch*, y escribe: «dentro de cada cubano hay un romántico dispuesto a ayudar a encauzar las flechas de Cupido». Luego, lo inevitable:

Mi Miss Cuba apareció, toda vestida de blanco, y se abalanzó hacia mí como un espectro en la oscuridad de la noche. El brillo de la luna se reflejaba sobre su atuendo blanco, consistente en un turbante, un chal y una saya a la altura de los tobillos que acariciaba unas bien torneadas piernas, primorosamente ceñidas por unas medias, también blancas. Amuletos de cobre y de bronce tintileaban en sus brazos, mientras que de su cuello pendían muchos collares de cuentas multicolores. Respondía al nombre de Marleni y era santera, devota de la religión conocida como Santería.<sup>16</sup>

5. *Creendo en los santos*. Las religiones populares de origen africano constituyen una expresión auténtica de la cultura cubana. Son consecuencia de un proceso de transculturación y, a la vez, marcas imprescindibles de la identidad nacional. Como resultado de la crisis de sentido tras el derrumbe del socialismo en Europa del Este y de factores como la supresión del ateísmo científico, el reconocimiento de discriminaciones hacia los creyentes durante el proceso revolucionario, la definición del Estado cubano como laico (1992) y una actitud social menos prejuiciada hacia la religión y los creyentes, entre otros, los años 90 atestiguan un proceso de reavivamiento religioso que ha tenido y tiene expresiones varias en la sociedad cubana.

Los nuevos viajeros dan fe de ese proceso en muchos de sus textos, aunque de manera más bien epidérmica. Pero si los de principios del siglo xx, en especial los misioneros protestantes, tendían a ignorar o minimizar a las religiones populares de origen africano, o a considerarlas cultos satánicos, los de ahora propenden a reducir la religiosidad nacional a lo que no es sino una de sus expresiones. La idea de lo exótico, lo «típico», constituye uno de los cimientos de ese énfasis, que acaba por omitir la diversidad religiosa cubana: en esas páginas, en efecto, apenas existen católicos practicantes, evangélicos, o espiritistas, que también forman parte del cuadro y dicen de la diversidad cubana en materia de creencias religiosas. Esa intencionalidad va escoltada eventualmente por testimonios gráficos de negros(as) y mulatos(as) en rituales con gallos sangrientos y «limpiezas». Una imagen que, de hecho, *racializa* y limita el alcance de estas religiones, practicadas ciertamente —y de manera creciente— por cubanos blancos, tanto dentro de la Isla como en Miami e incluso en Europa, a donde ha llegado acompañando a la diáspora de los 90.<sup>17</sup>

### **Playboy en La Habana: Nieman vs. Obejas**

En diciembre de 2000 la revista *Playboy*, famosa no precisamente por sus aportes a la cultura musical de los norteamericanos, decidió cubrir La Habana enviando al dibujante Le Roy Nieman, quien ilustró un interesante reportaje de la escritora cubano-americana Achy Obejas.<sup>18</sup> Las visiones de la publicación son las clásicas de la época prerrevolucionaria, integradas por una mezcla de placer, erotismo y sonoridades fabulosas. Ello se asume como base para el reenganche, como si nada hubiera ocurrido en la escena y la cultura nacionales en más de cuarenta años: «Cuba está caliente, Cuba está lista, Cuba está llegando. La expectativa de un reencuentro explosivo con la isla fabulada de placer y erotismo».<sup>19</sup> El artista se vio peculiarmente subyugado por la música y el baile, captados en unos aguafuertes

de intenso colorido y sentido del movimiento, en los que refleja no solo las proverbiales mulatas de Tropicana, sino también la fortísima sexualidad de los sectores populares a la hora de la danza, testimoniando la hegemonía del hombre en las ruedas de casino: «La salsa es un baile masculino. Los hombres cubanos realmente saben cómo manejar a estas mujeres maravillosas y deseables».<sup>20</sup>

Enmarcado en el rescate del valor del cuerpo, que pasa por el *boom* de la salsa y de la música latina en los Estados Unidos, se encuentra el éxito de Buena Vista Social Club, que por otro lado marcó inevitablemente un regreso a los orígenes en la imagen de Cuba. Louis A. Pérez, Jr. ha destacado la temprana fascinación de la cultura popular norteamericana por el son, al que se confundía a menudo con la rumba (*rhumba*) por su cadencia y movimiento pélvico, del trasero, a la hora del baile.<sup>21</sup> A pesar de cualquier reparo, lo cierto es que Buena Vista Social Club sirvió para abrir nuevas guardarrayas a otras expresiones de la música cubana dentro de los Estados Unidos —esto es, un mercado. Como consecuencia, en las tiendas de CD, donde se agrupa a cantautores e intérpretes ya no solo por orden alfabético y géneros —pop, rock, hip-hop, etc.—, sino también por regiones del globo, Cuba es prácticamente el único país al que se le ha reservado una categoría específica («Cuban») donde aparece una variada gama de agrupaciones y autores: de Benny Moré a Bamboleo, Los Muñequitos de Matanzas, Paulito FG, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Alfredito Rodríguez, Celina González, Willy Chirino, Gloria Stefan, Albita Rodríguez y, desde luego, Ibrahim Ferrer y Omara Portuondo —esta última catalogada como «la diva (o la dama) de Buena Vista Social Club».<sup>22</sup>

Nuestro Le Roy lo tiene en mente: «La música estaba en todas partes», observa, para luego añadir un verismo: «la música tiene más poder de comunicación que el arte o la literatura. Todo el mundo la entiende». Y caracteriza entonces a la cubana: «Una mezcla de ritmo africano con el *tempo* y los acordes de la guitarra española», una definición del son que no agota sin embargo la extraordinaria diversidad y riqueza del panorama musical nacional, un dato omiso en su mirada. El problema es que en el imaginario que trae está fuertemente instalado el discurso más arriba descrito y la categoría *Tropical Music* de los Grammy. No obstante, esta perspectiva es, con todo, más afortunada que su visión del país, limitada a La Habana y a los enclaves turísticos —que son, desde luego, parte del cuadro, pero no *el* cuadro, una de las constantes más generalizadas en la mirada de la prensa norteamericana al país. Casi lo único que Nieman focaliza es la vida nocturna, la farándula, los clubes —a los cuales, como dice el artista, la mayoría de los cubanos no tiene acceso, pero

olvidando anotar, de paso, que estos no aceptan de manera pasiva el hecho, porque se sienten con *derechos naturales*. Parte de un concepto de clase media sobre la pobreza que le imposibilita relacionar las cosas con otros contextos. Para él, estar en Cuba era como pasar «el verano en Harlem» porque «se puede ver la pobreza. La gente usa ropa vieja y maneja automóviles viejos». Una afirmación demasiado gruesa como para ser siquiera discutida, pero que se repite casi hasta el delirio: «Me han dicho que el país es bellissimo, pero extremadamente pobre, y que matan personas todos los días. Me han dicho que antes era el mejor lugar del mundo para visitar, que era un paraíso. Pero ahora dicen que la gente anda en carros de 1950».<sup>23</sup>

Es, sin embargo, distinto el panorama cubano presentado por Obejas a los lectores de *Playboy*, por lo menos en el intento de trasladar una visión más allá del paraíso turístico y de la isla mágica, atemporal, donde todo suena, una perspectiva fundamentada sin dudas en su relación, de un tiempo a esta parte, con la realidad nacional, sus personas y sus códigos. El artículo está montado sobre los cubanos de a pie y sus visiones sobre los Estados Unidos, así como sobre la presencia cultural norteamericana en la Isla —un tema sobre el que no se conoce mucho fuera de ciertos circuitos académicos. Contrariamente a su colega, Obejas no se circunscribe a La Habana y se va a lugares del interior, como Jagüey Grande. Gracias a su labor periodística, aparecen cubanos comunes dándole a conocer al lector estrategias de sobrevivencia ante la dolarización de la vida, percepciones, juicios —algunos discutibles en sí mismos, porque habría que indagar en qué medida expresan o no tendencias sociales más amplias, un problema que lastra a menudo los artículos y reportajes de la prensa norteamericana. Lo importante, sin embargo, es que más allá de la tesis del gulag tropical —que, según se repite con insistencia, impera en Cuba— la noción de discusión viva y diversidad constituye uno de los rasgos más sobresalientes de este acercamiento. La escritora testimonia cómo, a contrapelo de la creencia común en los Estados Unidos,

la gente habla abiertamente de lo norteamericano, y los acontecimientos extraños [...] se interpretan como buenos augurios para el mejoramiento de las relaciones con los Estados Unidos. No es ni raro ni antipatriótico oír a los cubanos hablar abiertamente de la época en que los dos países sostenían relaciones normales, se realizaban viajes sin restricciones y existían intereses económicos comunes. En la calle se murmura constantemente que existen negociaciones secretas para poner fin a más de cuatro décadas de embargo y de distanciamiento entre las dos naciones, y a la animosidad.<sup>24</sup>

De ahí pasa a la atracción que sienten los cubanos por la cultura norteamericana, así como a registrar peculiaridades muchas veces desconocidas para

quienes no han tenido acceso directo a la Isla durante todos estos años de conflicto: de las películas del sábado a los alquileres ilegales de videos —que, en efecto, tienen filmes norteamericanos mucho antes de que estén disponibles de manera rentada en los Estados Unidos—, y a la presencia de la música norteamericana en Cuba, algo que Nieman había dejado en el tintero:

La televisión estatal exhibe películas de Hollywood subtituladas. Los bancos ilegales de video estrenan películas mucho antes de que estén disponibles en Blockbuster [una cadena de alquiler de películas en los Estados Unidos, A. P.]. En julio pasado, *Gone in 60 Seconds* y *Coyote Ugly* —esta última aún por exhibirse en las salas de estreno de los Estados Unidos— ya se alquilaban a dos pesos cada una en un humilde banco de video de la barriada obrera del Cerro. En toda la isla la música norteamericana se escucha constantemente por la radio estatal, así como por las emisoras comerciales de Miami.<sup>25</sup>

La atracción por la cultura norteamericana que la reportera constata, figura empero descontextualizada: parece salir del aire, ser propia de fines de siglo o, en ocasiones, una movida de péndulo respecto al discurso oficial, lo cual no es ni exacto ni verdadero porque está sustentada en un sedimento que ha sobrevivido a la confrontación política, e incluso a los momentos más álgidos y hasta grises del proceso revolucionario cubano.<sup>26</sup> Cualquier abordaje de este asunto, artículo periodístico o no, debe considerar necesariamente una relación dual presente en el imaginario nacional sobre los Estados Unidos. De una parte, la existencia de percepciones negativas en el ámbito de la política que se fundamentan en el expediente de agresión, sabotajes, desestabilización e intentos de asesinatos a dirigentes empleado por la política del gobierno, y que no se restringen al discurso oficial cubano, como comprobó la famosa encuesta de CID-Gallup, en 1994, según la cual 77% de la muestra consideró a los Estados Unidos «el peor amigo de Cuba»,<sup>27</sup> por oposición a países que han mantenido otro tipo de relación con Cuba, como México, España y Canadá.

De otra, su coexistencia con algunas de signo opuesto. «Lo norteamericano» y el «modo de hacer» norteamericano tienen una carga positiva en ese mismo imaginario, en la medida en que se les asocia con la eficiencia y el éxito económicos. El reportaje da, con honestidad y realismo, fe de lo último; pero al omitir o no considerar de manera suficiente este dualismo, termina dando una imagen parcial del problema. Tal vez su *handicap* fundamental consista en no subrayar que los cubanos distinguen al gobierno del pueblo, y que posiblemente aquí radica uno de los aportes fundamentales de la práctica histórica del proceso revolucionario cubano, que ha solido diferenciar, a partir de la prédica y acción martianas, ambas dimensiones y

eludido así un antinorteamericanismo mecánico, rampante y simplista.

## Bill Griffith, *vox populi*

El pueblo cubano es justamente uno de los motivos centrales en la visión de Bill Griffith. Proveniente de la contracultura de los 60, Griffith es el creador de *Zippy the Pinhead*, un personaje-payaso que fustiga el consumismo y otras aristas más o menos perversas de la realidad norteamericana, pero que ha resultado controvertido porque su cabeza, empuñada en la zona del cerebro y ancha en el rostro, se ha interpretado a veces como una burla a las personas con discapacidades —en particular a los microcefálicos—, lo cual se considera políticamente muy incorrecto en los Estados Unidos.<sup>28</sup>

De su relación con Cuba, Griffith ha declarado:

He estado interesado en Cuba desde mis días de pacifista en las manifestaciones de protesta contra la invasión de Bahía de Cochinos. Algunos amigos que ya habían visitado la isla me habían dicho que Cuba era probablemente uno de los pocos lugares del mundo no contaminados por el consumismo de la sociedad norteamericana. De manera que quería visitar un lugar que aún no estuviese tragado por el comercialismo norteamericano.<sup>29</sup>

Ello que va a marcar su viaje de dos semanas, organizado por Global Exchange, en 1994. En su primer encuentro con la Isla, Griffy —personaje que constituye una suerte de *alter ego* del artista— la define de la siguiente manera:

Cuba es algo así como una Irlanda tropical provista de un exuberante verdor y de gentes abiertas y amistosas cuya simpatía y carencia de distancia emocional son intimidantes.<sup>30</sup>

Lo hace, como se ve, por vía negativa, es decir, teniendo en cuenta lo que *no* es usual en su cultura originaria, donde el individualismo y las inseguridades de la vida cotidiana llevan a las personas a tratarse con una dosis de distanciamiento, sobre todo en las grandes ciudades. Esta es, en última instancia, la causa del impacto: por oposición a la suya, la cultura cubana es extrovertida, comunicativa, interactiva, abierta, solidaria, como comprobaron los misioneros norteamericanos a principios del siglo xx, ya enfrentados al hecho de una idiosincrasia nacional consolidada por una larga historia y por las guerras de liberación nacional. «La gente —enfatisa Zippie— son tan humanas...».

Se produce entonces un diálogo entre el payaso y Griffy:

Los cubanos son seres diferentes a los que he conocido. Las reservas les son ajenas o no conocen el retraimiento. Te

envuelven con su manto de intimidad, son unos seres tan vivos que es realmente aterrador».

A lo que Zippy responde con cierta sorna: «Lo sé. Me siento emocionalmente drenado con solo preguntar por una dirección en la calle, de regreso al hotel».

Ello conduce a Griffy a un *shock* emocional aún mayor al salir de La Habana y llegar a Cienfuegos, un viaje que pone en solfa, por la vía del humor, el racionalismo de su cultura:

¿Qué me está pasando aquí? ¿Por qué me conmueve tanto la intensidad emocional de esta gente? Esto es demasiado para mi reprimida alma yanqui, curtida por los medios de comunicación. ¿Acaso los estaré idealizando? ¿O mi deseo de soledad en la nieve será un mecanismo de aislamiento emocional contra cualquier ser humano? ¿Es esto de algún modo una forma de re-nacimiento? ¿Cuándo dejaré de analizarlo todo para así poder disfrutar el momento?

Frente a la valla que dice «Señores imperialistas, no les tenemos absolutamente ningún miedo», cerca de la Sección de Intereses de los Estados Unidos, en el Malecón habanero, reflexiona:

Es cómico, pero incluso en su *Sturm und Drang* los cubanos me parecen más humanos que la mayoría de mis compatriotas... Me siento atrapado en un torbellino generador de ideas y sentimientos. ¡Por primera vez en mi vida no me siento alienado!

Y en su habitación del Hotel Nacional, antes de regresar a los Estados Unidos, el personaje emprende una suerte de balance de su experiencia, habiendo conocido a

padrinos yorubas, roqueros alienados, emigrantes hastiados, revolucionarios, [...], campesinos, prostitutas, rabinos y cubistas. Me siento descarnado, emocionalmente hablando. ¿Soy acaso el clásico norteño, frío, reservado y cínico, devenido romántico cautivado por los influjos del «sur sensual»? ¿Es Cuba una metáfora para mí?

El autor se ve absorbido no por la vida nocturna, los cabarets, las mulatas, los enclaves turísticos o la música tropical, sino por los seres humanos. Este es, si alguno, el rasgo distintivo de su enfoque, el equivalente gráfico del libro de Tom Miller. Evade, pues, los lugares comunes —las jineteras, por ejemplo, a las que les dedica nada más el espacio imprescindible, porque después de todo, parece decirnos, hay prostitutas en todo el planeta—, para concentrarse, en cambio, en lo que *muchas no ven*, es decir, en la existencia de personas reales en las que se mezclan la curiosidad, la voluntad de un intercambio humano sin motivaciones espúreas —esos *hustlers* tan frecuentes cuando se trata de turistas, y que también existen en Cuba— con una persona que porta una cultura diferente. En un pueblo de campo, mientras Griffy dibuja, tres niños se le acercan para, simplemente, ver lo que hace, lo cual le motiva la siguiente reflexión:

Generalmente estoy acostumbrado a esto; pero es diferente. Esa niñita observando con tanta atención lo que estoy haciendo... y tiene su mano en mi hombro. Está completamente absorta en la experiencia, mirando sin parar el dibujo y el modelo. No está pidiendo limosna. No quiere nada de mí, solo mirar. Es algo así como una inocencia pretelevisiva. Creo que si lo pienso con más detenimiento, voy a llorar.

Su discurso está marcado por el rechazo a su cultura-matriz, que cosifica las relaciones entre las personas y en última instancia porta relaciones de alienación. En ella, afirma el creador, no existe la vitalidad de los cubanos, a pesar de sus vidas cotidianas, llenas de problemas:

Allá en casa todos vivimos en nuestras pequeñas unidades individuales de consumo. Aquí se vive la vida, con muchos problemas, es cierto, pero se vive la vida.

No sorprende entonces que lo bueno de Cuba, según su pensamiento, consista en no haber sido marcada por lo que denomina «la mcdonalización», un símbolo de la estandarización y, en último análisis, de pérdida de la identidad en el contexto de la aldea global hegemonizada por las industrias culturales de los Estados Unidos. Griffy y Zippy dialogan caminando por La Habana Vieja:

Griffy: ¡La Habana! ¡Tremendo lugar! ¡Es una gema arquitectónica! ¡Y sin McDonald's a la vista!

Zippy: Sí, pero seguro que habrá muchos Kentucky Fried Chicken y Burger Kings. ¿Verdad?

Griffy: No, Zippy, aguántate. ¡Estamos en uno de los pocos lugares del planeta que no ha sido tocado por la cultura comercial norteamericana!

Como personaje, Zippy es un producto típico de la cultura del consumo, una de las razones por las que el punto de vista del caricaturista lo asume como un idiota. «Mucha gente me escribe cartas ácidas diciéndome que Zippy es un estúpido», declaró Griffith en una entrevista. «Y eso es precisamente lo que no entienden, que es un estúpido».<sup>31</sup> Pero a la vez, encarna al etnocentrismo más enteco: para Zippy, es imposible que el mundo pueda existir sin esos símbolos de la cultura norteamericana. Según dice, Cuba es el país «de donde es el cubismo», una metáfora con la que el creador quiere denotar la habitual ignorancia del *mainstream* respecto a la cultura cubana. A diferencia de Griffy, la permanencia del payaso en la Isla transcurre casi únicamente entre helados de chocolate y añoranza de hamburguesas; solo muy de tarde en tarde articula dos o tres pensamientos coherentes respecto a una cultura que no entiende, ni en el fondo puede entender: «autopistas vacías, carros fabulosos y helados deliciosos. ¿Quién dice que el socialismo no funciona?».

Zippy deviene también una encarnación de frivolidad. En una conversación con Gregorio Fuentes, en Cojímar, su preocupación es si el ex patrón de El

Pilar tiene un autógrafo de la actriz Mariel Hemingway, nieta del autor de *El viejo y el mar*. En otra, con una jinetera, esta insta a los dos personajes a invitarla a comer, según lo usual. Zippy le responde: «seguro, pero el puesto de *curly fries* más cercano queda a 90 millas de aquí, en Miami Beach». Y en otra, con Ramón Castro, mientras Griffy —como buen periodista— se interesa por conocer qué piensa el hermano mayor de Fidel sobre el pueblo norteamericano y el bloqueo, a Zippy lo único que se le ocurre preguntarle es su opinión sobre el nuevo peinado de Hilary Clinton. Simplemente, su etnocentrismo no concibe que pueda haber realidad alguna sin las hamburguesas, los pollos de Kentucky Fried, las pizzas Huts, o sin referencias triviales de la cultura norteamericana. En Cuba no existen y, por tanto, exclama: «¡Pellízcame, esta es mi peor pesadilla!».

Griffy le da a continuación una perspectiva seguramente no compartida por muchos cubanos: «¡La escasez de petróleo tiene raros beneficios! ¡Mira, todo el mundo monta bicicleta! ¡Aquí la tiranía del automóvil no es un tema!». Y Zippy, que parece sordo, remata: «¿Tampoco hay Pizza Hut?».

La tira de Zippy también es válida por la colisión de códigos que, de alguna manera, significa la diferencia entre las dos culturas. Durante una cena en La Bodeguita del Medio, ambos personajes se enfrentan a códigos culinarios distintos. Griffy pide un plato de moros y cristianos —previa explicación al lector de la tira cómica acerca de su significado—, pero al ser portador de una cultura como la norteamericana, donde la carne no es siempre bien estimada, pide al camarero no servirle el puerco. El camarero, que no entiende nada, le pregunta: «Compañero, ¿se siente mal? ¿Le traigo un té de manzanilla?». Zippy interviene de nuevo con su fuera de contexto: «Me trae la hamburguesa de puerco con queso doble», lo que obviamente no le pueden servir de ninguna manera. La escena denota el *gap* cultural, del que Griffy, como intelectual, está perfectamente consciente. El camarero, por su parte, se enfrenta a un hecho no «natural», es decir, a un extranjero —cuya cultura él no conoce de primera mano— que no estima en todo lo que vale la carne de puerco, una de las quintaesencias del paladar nacional, sobre todo en un contexto de crisis. El periodista también ha pedido café sin azúcar: «¡No come carne, ni toma azúcar! ¿Qué tal unas vitaminas?», pregunta el dependiente. Para enseguida aconsejarle: «¡Se va a desnutrir con esa dieta solo a base de vegetales!». Mensaje obvio: *no es comida si no hay carne*. Y luego remitir a la relación bilateral informal, que se les ha evidenciado a los visitantes en lugares tan disímiles como el Floridita y el parque de la Sección de Intereses, donde se reúnen los cubanos que quieren emigrar o visitar los Estados Unidos: en este

país, dice, todos parecen tener algún pariente en la Florida:

¡Mis parientes de Miami me mandan vitaminas todos los meses. Con la escasez de puerco, nos preocupamos por la nutrición correcta!

Griffy, resignado, exclama: «No creo que ayudaría mucho discutir los beneficios del tofu».<sup>32</sup>

En sus contactos con la gente, ha tenido acceso al choteo criollo. Como ya indagó Mañach en un estudio clásico,

al par que uno de los grandes padecimientos del cubano, la burla crónica ha sido una de sus grandes defensas. Le ha servido de amortiguador para los choques de la adversidad; de muelle para resistir las presiones políticas demasiado gravosas y de escape para todo género de impacencias. En otras palabras, ha sido entre nosotros un descongestionador eficazísimo.<sup>33</sup>

De ahí el «*soyalismo* o muerte» que la tira cómica recoge, una expresión que funciona precisamente como chiste porque marca un distanciamiento respecto a un sistema de creencias compartidas. No hay humor más efectivo y lozano que aquel que se ejerce contra sí mismo. Por esa razón, en Cuba todos los chistes políticos son casi inevitablemente «gusanos». La risa es expresión de madurez y, a la vez, de rechazo a cualquier solemnidad paternalista.

Por otro lado, Griffith se enfrenta también al problema del potencial migratorio de la sociedad cubana. Su estancia coincidió con el final de la crisis de los balseros, que concluyó con unos treinta y cinco mil cubanos —en su mayoría, jóvenes de no más de 35 años— enviados, después de ser interceptados en las aguas del Estrecho de la Florida, a la base naval de Guantánamo —un tratamiento hasta entonces solo reservado a los haitianos durante la crisis de los *boat people* en 1991—, pero finalmente admitidos en los Estados Unidos. Estas personas, que trascienden una categoría social y por lo tanto no pueden ser homogeneizadas con etiquetas, bajo el peso de los problemas de la vida cotidiana optaron por un camino en el que vieron una salida desgarradora, amparadas en los privilegios excepcionales de la Ley de Ajuste Cubano, aprobada por el Congreso norteamericano en 1966 y todavía vigente. Durante una visita a Cojímar, uno de los puntos de salida de la oleada, Griffy se comueve ante la tragedia humana y familiar vivida por los cubanos, y por las pérdidas de vidas, que ocurrieron a pesar de las medidas de protección a los balseros adoptadas entonces por los guardacostas de ambos países:

Griffy: Desde aquí salieron miles de balseros rumbo a la Florida, Zippy... y no todos llegaron...

Insensible, Zippy reacciona con una presunción lógica, seguida por un absurdo:

Zippy: ¿Es Cuba un lugar tan malo, digo, sin contar con que no se pueden ver los programas de televisión *Ricky Lake* o *Court TV*?

Su compañero, que de nuevo lo ignora, informa la naturaleza del nuevo flujo al público norteamericano:

Griffy: La mayoría eran tipos duros, jóvenes aventureros, pero también hubo familias enteras que se fueron.

La crisis condujo a los acuerdos migratorios de 1994 entre Cuba y los Estados Unidos, mediante los cuales el gobierno norteamericano se comprometió a descontinuar la recepción indiscriminada de emigrantes ilegales cubanos —lo que no ha cumplido hasta ahora de manera satisfactoria— y a otorgar hasta 20 000 visas anuales en el marco de una migración legal, segura y ordenada. Al cabo de ese entendimiento mutuo, en el tercer sorteo, se habían inscrito más de seiscientos mil personas.<sup>34</sup> En los 90, «el exterior —escribe un especialista— se ha convertido para muchos cubanos en una aspiración socioeconómica, en una forma de futuro de vida que supera la realidad nacional, en una especie de búsqueda existencial que no precisa cuán separados estén del proyecto político de la Revolución»,<sup>35</sup> lo cual se manifiesta no solo en el aumento sostenido de la emigración hacia lugares de asentamiento histórico —España, México, Venezuela—, sino también en la existencia de comunidades cubanas en países donde tradicionalmente no las hubo, como Suiza y Australia. Sobre este contexto, el artista testimonia un interesante diálogo con potenciales emigrantes cubanos en el llamado «parque de las lamentaciones», cercano a la Sección de Intereses. Las motivaciones de los testimoniantes no refieren diferencias políticas, sino penurias y dificultades diarias:

Cubano 1: —Estoy estudiando astronomía. Aquí no hay trabajo para mí.

Griffy: —¿Está Ud. en desacuerdo con lo que Fidel Castro está haciendo?

Una pregunta abiertamente política. El discurso dominante en los Estados Unidos supone que en un régimen que, según se alude, viola de manera sistemática los derechos humanos —la clásica visión de Cuba como un gulag tropical—, la gente quiere escapar hacia la libertad, una palabra que quienes esperan para ser entrevistados por el personal diplomático de la Sección de Intereses ni siquiera emplean, lo cual adquiere un valor adicional si se tiene en cuenta que están dialogando al aire libre con un norteamericano. La respuesta es negativa y, para Griffy, curiosa:

Cubano 1: —La Revolución nos ha dado muchas cosas... salud, educación, servicios sociales... ¡Pero ya estamos cansados de sacrificios!

Cubana 1: —¡Todavía somos patriotas! Pero ¿por cuánto tiempo debemos seguir sufriendo mientras el resto del mundo progresa?

Es obvio que el punto de referencia de la hablante no es exactamente el resto del mundo, sino el Primero y, sobre todo, los Estados Unidos. Hay aquí un problema implicado: la idealización de la vida en los Estados Unidos, que también está contenida en el imaginario nacional. En ello incide una pluralidad de factores, entre los cuales cabe destacar, por un lado, la influencia histórica de la cultura norteamericana —sobre todo de las películas de Hollywood, que transparentan lujo, tecnología de avanzada, confort y opulencia—, en un escenario de sensibles restricciones económicas.

Por otro, el impacto del discurso del «exilio dorado», y de las visitas de cubanos a la Isla, colmados de valores de uso para familiares y amigos, lo cual genera falsas representaciones acerca del dinero y la pacotilla fácil en los Estados Unidos (a veces los viajeros ocultan préstamos pedidos, deudas contraídas, fotos tiradas ante el carro ajeno o el hecho de ganarse la vida como «mulas», entre otras cosas por esa capacidad de ostentación que también es parte de la idiosincrasia cubana, dentro y fuera de la Isla). Griffy trata de enmendar el simplismo de la hablante con el testimonio autorizado de quien nació allá: «¡Los Estados Unidos tampoco son una utopía, odio decirselo!». El riesgo es la recepción de ese discurso —no por crítico, menos realista— como un *teque* político, la renuencia a aceptar la existencia de problemas en el otro lado que, por graves que sean, se percibe no pueden ser iguales o superiores a los de la vida diaria en la Isla. Este mecanismo de autoafirmación, signado por la propensión a lo rotundo que caracteriza al cubano, determina en fin de cuentas que se pierda, como afirma la socióloga Miren Uriarte, «la complejidad de lo que quiere decir vivir en un país como los Estados Unidos, con toda la panoplia de contradicciones y problemas de ser latino».<sup>36</sup> No siendo falso, el discurso masivo en Cuba sobre los Estados Unidos como una sociedad de altos desniveles de desigualdad social, inequidades, racismo y segregaciones, acaba por ver lacerada su capacidad de persuasión, como se comprueba en esta intervención de la Cubana 1. No importa que las diferencias de ingreso entre ricos y pobres en Manhattan sean mayores que en Guatemala. Riposta la

Cubana 1: —¡Para Ud. es muy fácil, porque no tiene que hacer una cola todo un día para comprar papel sanitario! ¡Ud. debe haber sido muy bueno en su vida anterior para que lo premiaran con nacer en los Estados Unidos! Por favor, tome esta carta para un primo que vive en Milwaukee y échemela al correo.

Las lecturas de *Zippy the Pinhead* en Cuba pueden ser polisémicas, y hasta contradictorias. De un lado, hay interpretaciones sesgadas desde la política oficial norteamericana y sus agencias, como se comprueba en el hecho de que un funcionario del Departamento de

Estado considerara políticamente correcta la cobertura sobre la Isla en las tiras de Zippy.<sup>37</sup> De otro, la aprehensión de varios códigos de la identidad cubana, así como el reflejo de expresiones de intransigencia y de apoyo popular al proyecto cubano, aun en la peor crisis de la historia nacional, han determinado su silenciamiento en Miami, cuyo discurso político dominante no suele dar cabida a manifestaciones de disenso, salvo para demonizarlas y acabar caracterizándolas de «comunistas». Por último, las propuestas de *Cuba Uncovered* también han sido criticadas en la prensa liberal de los Estados Unidos por brindar una «visión romántica» de la Revolución, e incluso por servir de «propaganda» a los logros del proceso cubano en materia de salud pública, educación y desarrollo social.<sup>38</sup>

Queda sin embargo fuera de toda duda la honestidad del artista y su visión desafiante y personal, de a calzón quitado, determinada por una actitud desprejuiciada ante un proceso en una hora difícil, pero que indudablemente ha tenido y tiene un impacto imposible de ignorar sobre la identidad y la cultura cubanas. Vino, según confiesa él mismo, «casi sin preconcepciones», lo que no logró, porque algún punto de vista es siempre inevitable. En definitiva, la función de un verdadero creador no es aportar fórmulas y recetas, sino constatar la riqueza, vitalidad, y problemas de la realidad —en este caso la cubana, en general bastante desconocida al otro lado del Estrecho de la Florida.

## Una conclusión: regreso al futuro

Coexistiendo, alternando con las visiones tradicionales del discurso político y mediático sobre el sistema cubano de los años 90 a hoy, se ha venido produciendo en los Estados Unidos una (re)composición de la imagen de Cuba que se afina en un sedimento cultural y en una persistencia de la memoria para nada corroídos por el tiempo. Sus ángulos más rechinantes, transidos por la nostalgia y la dimensión de lo perdido, remiten a una isla elusiva borrada del mapa cultural durante la Guerra fría, pero en definitiva ahora (re)descubierta en sus atributos aludidamente totalizadores y esenciales: ritmo, erotismo, sexo y placer mundano, *fun and sun*. Los mismos previos a 1959. Lo resume de algún modo una página web que promueve el turismo hacia Cuba, una isla «de negras grandes fumando tabacos y llevando en la cabeza turbantes a lo Carmen Miranda».<sup>39</sup> Esta perspectiva, que omite un cambio cultural y social de más de cuarenta años, no suele matizarse o modificarse mayormente después del contacto (aunque no las únicas, Griffith y Obejas son dos sugerentes desviaciones de

la norma). La literatura de viajes que circula profusamente en los distintos circuitos —desde librerías públicas y bibliotecas universitarias hasta amazon.com— da abrumadora fe de ello. Tal vez la principal continuidad de este *corpus* narrativo con su homólogo del siglo XIX consista en su etnocentrismo, pero otras determinaciones pueden ser añadidas: el desconocimiento del otro —y en última instancia, de su cultura—, la dependencia de fuentes que se reciclan a sí mismas, las diferencias idiomáticas, así como los estereotipos largamente contruidos por la cultura norteamericana al mirar a Cuba y lo cubano —de *Weekend in Havana* a *I Love Lucy*. Gustavo Pérez-Firmat ha hecho notar, con razón, que para los norteamericanos, culturalmente hablando, Cuba no existe, sino que se subsume en un conjunto de estereotipos sobre hispanos, latinos, caribeños, tropicales, musicales y sensuales. Y argumenta en tono polémico:

en los años que han transcurrido, y a pesar del influjo masivo de exiliados cubanos a este país, el desconocimiento de lo cubano poco ha disminuido, y quizás hasta ha empeorado. En parte eso se debe a la contumacia de los viejos estereotipos —*whatever Lola wants, Lola gets*—; en parte, al hecho de que actualmente las nacionalidades hispanoamericanas en los Estados Unidos se hallan asediadas por el impulso aplanador de la etnicidad [...] Es curioso: los mismos grupos que se han quejado justamente de las ingenuidades de Hollywood ahora promueven una nueva ingenuidad: la latinidad o *latinness*; esa flamante identidad cultural que nos representa a todos porque no representa a nadie. A medida que los hispanos en este país abandonan sus gentilicios para conformar una sola etnia, la diferencia se diluye en diversidad, y lo cubano pierde sus contornos.<sup>40</sup>

Acaso por esa razón, y por el *gap* cultural entre el Estrecho y la Isla, los norteamericanos —o por lo menos buena parte de ellos— estén fatalmente condenados a la repetición.

## Notas

1. Louis A. Pérez, Jr., «Cuba Today», *DRCLAS News*, Harvard University, invierno de 2000, p. 1.
2. Este símil se lo escuché por primera vez al profesor Wayne Smith, en una clase sobre Cuba a sus alumnos de la Universidad Johns Hopkins, Baltimore, 1999.
3. Véase «Clinton anuncia nuevas medidas para ayudar al pueblo cubano», Oficina del Secretario de Prensa, Casa Blanca, 5 de enero de 1999; también Departamento de Estado, «People to People», <http://www.state.gov/www/regions/wha/cuba> y «U.S. Ready to Play Ball with Cuba, Clinton to Ease Trade Embargo, Using Orioles as Unofficial Envoys», *The Washington Post*, Washington DC, 5 de enero de 1999.
4. Una revisión sumaria de las estadísticas así lo sugiere. De acuerdo con estimados, 140 000 norteamericanos viajaron a Cuba en 1999 y de estos, 21% —es decir, 30 000— lo habían hecho de manera ilegal. Al año siguiente otras proyecciones ubicaban en 124 000 la

cantidad de cubanoamericanos que habían viajado a Cuba —dato que solo incluye a quienes lo hicieron con autorización. Cifras del US-Cuba Trade and Economic Council, de Nueva York, sitúan en 160 000 la cantidad de viajeros norteamericanos a Cuba en el año 2001. El Departamento del Tesoro estima en 60 000 los viajeros ilegales durante ese mismo año. Véase «Despite Ban, More Americans Traveling to Cuba», *The Kansas City Star*, 22 de abril de 2002.

5. El foco del análisis se concentra en los libros de este tipo publicados en los Estados Unidos entre 1992 y 2002. Son estos: Tom Miller, *Trading with the Enemy. A Yankee Travels through Castro's Cuba*, Atheneum, Nueva York, 1992; Alexandra Black, *Living in Cuba*, St. Martin's Press, Nueva York, 1998; Andrei Codrescu, *Ay Cuba! A Socio-erotic Journey*, St. Martin's Press, Nueva York, 1999; David Alan Harvey (fotos) y Elizabeth Newhouse (texto), *Cuba*, National Geographic, Washington DC, 1999; Tony Mendoza, *Cuba. Going Back*, Austin University Press, Austin, 1999; C. Peter Ripley, *Conversations with Cuba*, The University of Georgia Press, Athens y Londres, 1999; Catherine Moses, *Real Life in Castro's Cuba*, Del Scholarly Resources, Wilmington, 2000; Christopher Baker, *My Moto Fidel. Motorcycling Through Castro's Cuba*, National Geographic, Washington DC, 2001; Tom Miller, ed., *Cuba: True Stories* (textos de Cristina García, Pico Iyer, David Eggers, Ruth Behar, Eduardo Galeano, Andrei Codrescu, Tom Miller, Eliseo Alberto Diego *et al.*), Travalers' Tales, San Francisco, CA, 2001; Isadora Tattlin, *Cuba Diaries. An American Housewife in Havana*, Shannon Ravenel-Algonquin Books of Chapel Hill, Carolina del Norte, 2002; Matthew Dubuque, *Cuba: An Ordinary Voyage* (de inminente publicación). Como dato interesante, aunque fuera de mi análisis, hay también varias novelas de «escenario cubano», una de ellas de la cubanoamericana Teresa Bevin, *Havana Split* (Arte Publico, Houston, TX, 1998), y una novela policial, *Murder in Havana*, de Margaret Truman, muy propagandizada en Cubabooks.com. Quiero anotar, de paso, lo atrayente de un estudio que aborde la visión de La Habana, y en general de Cuba, en la literatura norteamericana, sobre todo ahora que La Habana, su urbanismo y arquitectura también se están poniendo de moda en los Estados Unidos.

6. He analizado varias veces este problema. Remito al interesado a «Cuba en la prensa norteamericana: la conexión cubana», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 15, La Habana, 1990; «Made in America: la imagen de Cuba en el exterior», en Rafael Hernández, ed., *Cuba en las Américas. Una perspectiva sobre Cuba y los problemas hemisféricos*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1995; «Cuba en los medios de difusión norteamericanos», *Temas*, n. 2, La Habana, abril-junio de 1995.

7. Véase Saul Landau, «Trading with the Enemy», *The Nation*, 7 de diciembre de 1992. Para el autor, que compara los libros de Oppenheimer y Miller, uno de los grandes aciertos del segundo es haber mostrado que la cultura en Cuba continúa funcionando como «a glue of life», mientras que el primero fracasa por su teleologismo y su perspectiva preconicionada: Cuba estará en crisis, dice Landau, pero eso no significa necesariamente que una economía de mercado controlada por los Estados Unidos sea el antídoto.

8. Tom Miller, ob. cit.

9. Luisa Campuzano, «Mirando al Norte: viajeras cubanas a los Estados Unidos», en Rafael Hernández, comp., *Mirar el Niágara. Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000, p. 53.

10. Nara Araújo, «Otra vez viajeras al Caribe», *Temas*, n. 5, La Habana, enero-marzo de 1996, p. 51.

11. *Ibidem*.

12. Luisa Campuzano, «Ser cubanas y no morir en el intento», *Temas*, n. 5, La Habana, enero-marzo de 1996, p. 8.
13. Véase Vera Kuzintsky, *Sugar's Secrets. Race and the Erotics of Cuban Nationalism*, Yale University Press, 1974.
14. Véase G. Derrick Ode, «Colonization of the Cuban Body. The Growth of Male Sex Work in Havana», *NACLA Report on the Americas*, Nueva York, marzo-abril de 2001, pp. 20-4.
15. Véase Julia O'Connell Davidson, «Sex Tourism in Cuba», *Race and Class*, n. 38, Sage Publications, Londres, 1996, especialmente pp. 45-7.
16. Christopher Baker, ob. cit., p. 284. Agradezco a Roberto García su asistencia en la traducción de esta y sucesivas citas.
17. Para una interesante discusión sobre las religiones populares de origen africano en los años 90, y sus procesos de expansión más allá de la Isla, véase Lázara Menéndez, «Ayé (ki ibo)», *Caminos*, nn. 13-14, Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr., La Habana, enero-junio de 1998.
18. Achy Obejas, «Cuba Fever. The Seductive Island is Closer than Ever. Even Investors Can Hear the Music», *Playboy*, diciembre de 2000.
19. *Ibidem*, p. 83.
20. *Ibidem*, p. 86.
21. Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban. Identity, Nationality and Culture*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill y Londres, 1999, especialmente «Representation of Rythm», pp. 198-218.
22. Lista recopilada por el autor y la profesora Margarita Mateo en las tiendas HMV y Tower Records, Cambridge, MA, mayo de 2002.
23. Declaraciones del jugador de pelota Mike Timlin, de los Orioles de Baltimore, en Miami, antes de su primer viaje a Cuba para el encuentro con jugadores cubanos en 1999. «Orioles entran a terreno desconocido», *El Nuevo Herald*, 26 de marzo de 1999.
24. Achy Obejas, ob. cit., pp. 84-5.
25. *Ibidem*, p. 88.
26. Sobre esta problemática, de creciente interés en ambas partes, véase el estudio pionero de Louis A. Pérez, Jr. *The United States and Cuba...*; también su *On Becoming Cuban...*; Rafael Hernández, coord., *Mirar el Niágara...*, ob. cit.; Rafael Hernández y John Coastworth, coords., *Culturas encontradas*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello-Universidad de Harvard, La Habana, 2001.
27. «How Cubans Responded to Questions», *The Miami Herald*, 18 de diciembre de 1994.
28. La trayectoria de Bill Griffith en el mundo de los *comics* comenzó en Nueva York a fines de los años 60. En 1970 se trasladó a San Francisco atraído por el *comic underground*, movimiento de caricaturas alternativas integrado por personalidades como R. Crumb. Ese mismo año creó la tira cómica que nos ocupa, aparecida por primera vez en *Real Pulp*, n. 1; luego se publicó semanalmente en *Berkeley Barb*, editado en una ciudad emblemática de las protestas del movimiento pacifista y contra la guerra de Viet Nam. En 1985, el *San Francisco Examiner*, uno de los órganos más sonados del *establishment* liberal del Pacífico, publicó las tiras de Zippy seis días a la semana. Hoy los personajes de la serie figuran en varios de los más prestigiosos periódicos norteamericanos —*The Washington Post*, *San Francisco Chronicle*, *The Boston Globe*. Zippy ha sido traducido a los idiomas alemán, sueco, italiano, japonés, francés, finlandés y español.
29. Bill Griffith, «Zippy does Cuba —revolutionary», *San Francisco Examiner*, San Francisco, CA, 20 de marzo de 1995, p. C3.
30. Estas y sucesivas citas son de «Cuba Uncovered», *Zippy Quarterly*, n. 10, San Francisco, CA, mayo de 1995.
31. Entrevista con Mark Anderson, *Monthly*, febrero de 2000.
32. El tofu es un pedazo de soya concentrada, de alto valor proteínico, originariamente de la cultura japonesa, que ha venido siendo muy popular en los Estados Unidos —sobre todo entre los vegetarianos—, y se vende en todos los supermercados. Griffith testimonia, en una nota al pie, el rechazo de los cubanos al «picadillo enriquecido» y al yogur de soya, que no constituyen para ellos una opción alimentaria.
33. Jorge Mañach, «Indagación del choteo», *Cúpulas*, La Habana, 1998.
34. Datos citados por Ernesto Rodríguez Chávez, «Notas sobre la identidad cubana en relación con la diáspora», *Temas*, n. 28, La Habana, enero-marzo de 2002.
35. *Ibidem*.
36. Miren Uriarte, «Nación e identidad» (mesa redonda), *Temas*, n. 1, La Habana, enero-marzo de 1995, p. 112.
37. Richard Leiby, «Cartoon Revolution: Zippy's trip to Cuba», *The Washington Post*, Washington, 8 de abril de 1995.
38. *Ibidem*.
39. Como ha destacado el investigador Pedro Monreal, se trata del clásico «marcador» del turismo, dirigido a estimular la demanda, pero que no se relaciona positivamente con los valores culturales y la identidad nacional. Véase «Hacia una nueva estrategia de desarrollo turístico en América Latina y el Caribe», *Cultura y Desarrollo*, n. 2, Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe, La Habana, 2003.
40. Gustavo Pérez-Firmat, «Con la lengua afuera», *Encuentro de la Cultura Cubana*, n. 15, Madrid, invierno de 1999-2000, pp. 142-3.